JULIETA VENEGAS

NORTEÑA

MEMORIAS DEL COMIENZO

Tijuana

El avión llega a tiempo a destino y, por suerte, las maletas no se perdieron en el viaje. Aterrizamos casi al mediodía, con el hambre justa para ir directo a comer. En cuanto pisamos Tijuana, siento cómo se me hace agua la boca. Ya estoy imaginando el ácido, lo salado, lo picoso, junto a la voz de mi madre y el abrazo de mi padre. Lo familiar de los sabores, tan cercanos como sus voces saludándonos.

Viajamos mucho para llegar, pero en cuanto salimos del aeropuerto, siento que todo ha sido más rápido, como si nos hubiésemos teletransportado. Ya descansaremos mañana, pienso, aunque sé que el cambio de horario me hará abrir los ojos antes de lo deseado. Y que parte de las vacaciones son esas ma-

ñanas silenciosas, con la familia durmiendo, el aroma a café y la lectura.

Crecer en Tijuana es hacerlo en dos lugares a la vez. Ahí, en la frontera entre México y Estados Unidos. Si se pone el dedo en el mapa de México, hay que ir hasta la punta más alta del noroeste para tocarla. Esa línea que separa los dos países es el punto exacto en donde crecí, en donde toda mi familia ha hecho su vida.

Después de comer nos dirigimos a la garita internacional, el puerto de cruce para entrar a Estados Unidos, para hacer la cola a veces infinita. Hay que esperar con paciencia y pasaporte en mano para cuando llegue nuestro turno. Hay que tener muy claro lo que vamos a responder. Las preguntas son cortas y concisas, no hay lo que se llama *small talk*, nada de charla casual. En esa cola esperan miles de personas cada día. Hay vendedores ambulantes que traen de

todo y, mientras esperamos, nos reímos de las figuras de yeso: los Jesucristos extraños, los políticos en caricatura, los animales, los calendarios aztecas. También venden cobijas, ponchos, botanas, bebidas, revistas, autopartes. Hay un señor con una bocina gigante que canta José José sobre una pista llena de efectos y hasta le entra a alguna ranchera de moda. La garita es un micromundo con su propia dinámica. La espera puede durar desde veinte minutos hasta unas tres horas. Lo mejor es calcular bien, preguntar a la familia, buscar en la radio cuál es el tiempo de espera antes de llegar, porque una vez ahí, ya solo se puede respirar y sacar toda la paciencia que se tiene guardada.

Toca poner atención, porque da coraje cuando otro auto se nos cuela. Todos aceleran con ansiedad para que no les saquen el lugar o, peor, que los dejen sin línea. Queremos gritarles sin que nos vea el poli gringo, pero también queremos ir platicando

del día, contando anécdotas, escuchando música. Hay todo tipo de autos y de personas, muchachas solas, familias, señores, caras de ansiedad, de aburrimiento, miradas perdidas por ir pensando en otra cosa, gente que habla por teléfono, gente que come helado, papitas, quizás hasta una torta o un sándwich. La vida cotidiana sucediendo en esas horas de espera, una espera a la que nos acostumbramos y es parte natural de nuestros días. *Good afternoon, sir*, no traemos nada, vamos a casa de mi madre. Abrimos la cajuela si lo pide, le damos las gracias, pasamos.

Al cruzar entramos directo a la carretera, toda lisa y perfecta, sin personas ni naturaleza, sin música ni comida. Ahí se acaba la fiesta.



El otro lado

Desde chica me acostumbré a las esperas para cruzar. Nunca faltaban razones, tontas o importantes, buenas ocasiones o excusas para ir al otro lado: a trabajar, a la escuela, a un concierto que no me podía perder. Con mi familia vivimos de los dos lados siempre: independientemente de dónde estaba nuestra casa, se extendía hacia los dos lados de esa línea sin importar dónde dormíamos.

¿Dónde vivir?

Esa lucha entre papá y mamá seguramente empezó mucho antes de que apareciéramos los hijos. Fue un tironeo constante, que nos llevó durante nuestra infancia a mudarnos a diferentes zonas de uno y otro lado de la línea. Alguna vez llegué a contar siete veces.

Después dejé de hacerlo.

Vivimos en un departamento en una zona inclinada. Había que subir mucho para llegar, como si estuviéramos arriba del mundo, y en donde entraron a robar una vez, durante la noche, mientras dormíamos, y hasta nos rompieron nuestras tontas alcancías. No nos enteramos de nada. Despertamos a la mañana siguiente y descubrimos que alguien había registrado nuestras habitaciones. Durante un tiempo sentimos que algo muy grave había pasado, aunque no entendíamos muy bien qué.

Desde ese edificio, una vez mi hermana gemela y yo, a los siete años, nos escapamos y fuimos caminando solas hasta el estudio a buscar a mis padres. Ellos trabajaban ahí todo el día, y nosotros la pasábamos con nanas que nos cuidaban o, mejor dicho, que hacían lo que podían. En esa época éramos cuatro, mi hermano mayor y las tres hermanas, todos igual de

necesitados de atención, pequeñas bombas de tiempo dando vueltas encerrados sin cosa que hacer.

La nana que teníamos nos regañaba mucho, tanto que empezamos a temerle. Con esa excusa nos escapamos. Fue una aventura enorme para nosotras. Esa caminata, más larga de lo que habíamos pensado, tomadas de la mano, fue algo inolvidable para dos niñas que no tenían idea de cómo poner en palabras lo que sentían. Le teníamos más miedo a una nana que a los peligros que pudiésemos encontrar en el camino.

Después nos fuimos a una casa que mis padres imaginaron desde sus cimientos. La trabajaron con un arquitecto pensando en nuestras celebraciones, en los días aburridos, en los domingos familiares, en las comilonas y, además, en que estuviera a corta distancia de los colegios. Una casa con un centro redondo, una escalera de caracol que subía hacia

una terraza enorme, a la cual nos mudamos antes de que terminaran de ponerle las ventanas por la urgencia de pasar la primera Navidad. Recuerdo haber bailado ahí en fiestas y reuniones. Aunque nos moríamos de vergüenza, mi padre nos pedía tocar para sus amigos: veíamos las caras expectantes, como si tuviéramos que demostrar algo. También fue en esa casa cuando un día él me dijo: "El piano es tuyo".

El último departamento donde viví con mi familia estaba en la zona del Río, muy cerca de la línea del lado mexicano, en uno de varios edificios de color café con leche. Un grupo de ocho condominios opacos que hasta hoy siguen exactamente del mismo color. Desde lejos parecen algo que se comió la ciudad, como si no pertenecieran al lugar: son una mancha en el paisaje que podrían ser oficinas o algún edificio burocrático. Desde ahí íbamos, ya adolescentes, a ver conciertos al Centro Cultural y al Iguanas. Esos

shows marcaron mi adolescencia porque se presentaban todo tipo de artistas, desde Mano Negra hasta The Sugarcubes. Los recuerdo como un premio, una gran salida con mis amigos. La ventaja de la cercanía era no tener que pedir permiso ni planearlo demasiado. Al terminar la noche caminaba hasta mi casa y, al llegar, no tenía que explicar dónde había estado.

Afuera de esos edificios cafés, una noche mi padre nos encontró a mi hermana y a mí besando a nuestros novios, en el auto de uno de ellos. Una en el asiento de atrás, la otra en el de adelante. Ya estábamos medio acostados, los vidrios se habían empañado, el ambiente se había calentado y nuestros cuerpos descontrolados no querían detenerse. En ese momento nos interrumpió un nudillo en la ventana y la voz de mi padre: "¿Están ahí mis hijas?". Yo recuerdo haber repetido "estoy soñando, estoy soñando", creo que lo dije en voz alta muchas veces. Era lo único que salía

de mi boca, que todavía sabía a los besos de mi novio. Mi padre no dijo nada, solo nos miró en silencio con una cara llena de decepción y tristeza. Nos hizo una señal para que lo siguiéramos. Todos nuestros miedos se hicieron realidad en ese momento.

Él era estricto con los cuerpos. Su plática sobre temas entre hombres y mujeres se limitaba a hacernos escuchar un casette que llegó un día a nuestra casa desde un lugar misterioso. Se trataba de una conferencia que daba un señor, no recuerdo si era un pastor, un joven o viejo conservador, que hablaba sobre la perdición de las mujeres si se relacionaban con hombres antes del matrimonio. De cómo los hombres querían Una Sola Cosa, y cómo las mujeres siempre llevaban las de perder. Mi padre no usaba sus propias palabras para expresar sus preocupaciones: su aporte era hacernos escuchar ese casette una y otra vez. Una y otra vez.

En esa ocasión tan especial, en la que nos encontró, como quien dice, con las manos en los cuerpos, se subió el nivel de solemnidad: la cosa se había ido de control y lo único que pudo decir fue: "Escuchen la conferencia cien veces, después la traducen y la transcriben a máquina. Solo entonces podrán salir". Nosotras obedecimos hasta donde pudimos, porque en realidad todo esto ocurría cuando él no estaba presente. Se limitaba a revisar lo que habíamos hecho al volver del trabajo por la noche. Un día, después de transcribir el famoso casette, nos dimos cuenta de que se trataba solo de una cinta, una endeble cinta que podíamos destruir. La tomamos entre las manos y, con toda la furia frustrada, la impotencia, la incomprensión, la desenrollamos y destruimos. Fue un momento épico, cuyas consecuencias ya no recuerdo. Pero nunca volvió a aparecer. Esa cinta dejó de existir y nuestras vidas pudie-

ron seguir su curso, aún en silencio en todo lo que tenía que ver con novios y cuerpos.

